



W. W. Jacobs

# El Fantasma de Jerry Bundler



**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# EL FANTASMA DE JERRY BUNDLER

W. W. JACOBS

PUBLICADO: 1897  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

## EL FANTASMA DE JERRY BUNDLER

Faltaban pocas noches para la Navidad, fiesta para la que el pequeño mercado de Torchester hacía extensos preparativos. Las estrechas calles, que horas antes habían estado atestadas de gente, se hallaban ahora casi desiertas; el vendedor ambulante llegado de Londres, con el último aliento que le quedaba tras los esfuerzos de la velada, intentaba sin fuerzas apagar su lámpara de nafta, y las últimas tiendas abiertas cerraban rápidamente por la noche.

En la confortable sala común del viejo «Jabalí», media docena de huéspedes, principalmente viajeros de comercio, charlaban a la luz del fuego. La conversación había derivado del comercio a la política, de la política a la religión, y así, por etapas naturales, hasta lo sobrenatural. Tres historias de fantasmas, que nunca antes habían fallado, cayeron en saco roto; había demasiado ruido en la calle, demasiada luz dentro. La cuarta historia la contó un veterano con más fortuna; las calles estaban en silencio y él había apagado el gas. A la luz parpadeante del fuego, que se reflejaba en los vasos y hacía danzar sombras en las paredes, el relato resultó tan cautivador que George, el camarero, cuya presencia todos habían olvidado, produjo una sensación muy desagradable al levantarse de repente de un rincón oscuro y deslizarse en silencio fuera de la sala.

—A eso llamo yo una buena historia —dijo uno de los hombres, dando un sorbo a su whisky caliente—. Claro que es una idea antigua que los espíritus deseen mezclarse con los vivos. Un hombre me contó una vez que viajó en el Great Western junto a un fantasma y no tuvo la menor sospecha hasta que llegó el revisor a pedir los billetes. Mi amigo decía que la forma

en que aquel fantasma intentaba disimular, buscándose en todos los bolsillos y mirando por el suelo, era bastante conmovedora. Al final se dio por vencido y, con un débil gemido, se desvaneció por el ventilador.

— Ya está bien, Hirst — dijo otro.

— No es asunto de chanzas — dijo un anciano caballero que había escuchado con atención—. Yo nunca he visto una aparición, pero conozco gente que sí, y considero que constituyen un vínculo muy interesante entre nosotros y la otra vida. Con esta casa hay una historia de fantasmas, ¿sabe usted?

— Nunca la he oído — dijo otro—, y llevo ya algunos años viniendo aquí.

— Se remonta a tiempos lejanos — dijo el anciano—. ¿Usted ha oído hablar de Jerry Bundler, George?

— Bueno, he oído alguna cosa suelta, señor — dijo el viejo camarero—, pero nunca le di mucho crédito. Hubo un mozo aquí que dijo que lo había visto, y el patrón lo puso en la calle al momento.

— Mi padre era oriundo de esta ciudad — dijo el anciano— y conocía bien la historia. Era un hombre veraz y un feligrés cumplido, pero le he oído afirmar que una vez en su vida vio la aparición de Jerry Bundler en esta casa.

— ¿Y quién era ese Bundler? — preguntó una voz.

— Un ladrón de Londres, carterista, salteador de caminos..., lo que hiciera falta para emplear sus manos en el deshonor — respondió el anciano—. Y fue acorralado en esta misma casa una semana de Navidad, hace unos ochenta años. Tomó su última cena en esta misma sala, y después de que subiera a acostarse, un par de corchetes de Bow Street, que lo habían seguido desde Londres aunque le perdieron el rastro un trecho, subieron con el posadero y probaron la puerta. Era de roble macizo y estaba atrancada, así que uno salió al patio y, con una escalera corta, se encaramó al alféizar de la ventana, mientras el otro aguardaba fuera de la puerta. Los de abajo, en el patio, vieron al hombre agachado en el alféizar; luego hubo un súbito estallido de vidrios y, con un grito, cayó hecho un bulto sobre los adoquines a sus pies. Entonces, a la luz de la luna, vieron el rostro pálido del carterista asomarse por el alféizar, y mientras algunos se quedaron en el patio, otros corrieron dentro y ayudaron al otro a derribar la puerta. Entrar resultó difícil

incluso así, pues estaba atrancada con muebles pesados, pero al fin lo lograron, y lo primero que encontraron a la vista fue el cuerpo de Jerry colgando del cabecero de la cama por su propio pañuelo.

—¿En qué habitación fue? —preguntaron dos o tres voces a la vez.

El narrador negó con la cabeza.

—Eso no puedo decíroslo; pero la historia cuenta que Jerry sigue rondando esta casa, y mi padre solía afirmar con toda convicción que la última vez que durmió aquí el fantasma de Jerry Bundler se descolgó del cabecero de su cama e intentó estrangularlo.

—Ya basta —dijo una voz inquieta—. Ojalá se le hubiera ocurrido preguntarle a su padre en qué habitación fue.

—¿Para qué? —preguntó el anciano.

—Para no dormir en ella, eso es todo —respondió la voz secamente.

—No hay nada que temer —dijo el otro—. No creo ni por un momento que los fantasmas puedan hacernos daño de verdad. De hecho, mi padre reconocía que era solo lo desagradable del asunto lo que le trastornaba, y que, a efectos prácticos, los dedos de Jerry bien podían haber sido de algodón por todo el mal que podían causar.

—Todo eso está muy bien —replicó el último en hablar—; una historia de fantasmas es una historia de fantasmas, señor; pero cuando un caballero cuenta la leyenda de un espectro en la casa donde uno va a dormir esa noche, lo llamo una falta de consideración.

—¡Bah, tonterías! —dijo el anciano, levantándose—. Los fantasmas no pueden haceros daño. Por mi parte, me encantaría ver uno. Buenas noches, caballeros.

—Buenas noches —dijeron los demás—. Y solo espero que Jerry venga a haceros una visita —añadió el hombre nervioso cuando se cerró la puerta.

—Trae más whisky, George —dijo un viajante corpulento—. Necesito que me sostengan cuando la charla toma este giro.

—¿Enciende el gas, señor Malcolm? —dijo George.

—No; el fuego es muy agradable —dijo el viajante—. Vamos, caballeros, ¿sabe alguno algo más?

—Creo que ya hemos tenido bastante —dijo otro—; como sigamos, nos parecerá ver fantasmas, y no todos somos como el anciano que acaba de marcharse.

—¡Viejo farsante! —dijo Hirst—. Me gustaría ponerlo a prueba. ¿Qué os parece si me disfrazo de Jerry Bundler y voy a ofrecerle la oportunidad de demostrar su valentía?

—¡Bravo! —dijo Malcolm con voz ronca, ahogando uno o dos tímidos «No»—. Solo por la broma, caballeros.

—No, no. Déjalo, Hirst —dijo otro.

—Solo por la broma —insistió Hirst con cierta vivacidad—. Tengo arriba unas cosas con las que voy a actuar en «Los rivales»: calzones hasta la rodilla, hebillas y todo eso. Es una ocasión magnífica. Si esperáis un momento, os ofrezco un ensayo general en toda regla, titulado: «Jerry Bundler, o El estrangulador nocturno».

—No vas a asustarnos —dijo el viajante con una risa gutural.

—Eso no lo sé yo —replicó Hirst con viveza—; es una cuestión de actuación, nada más. Soy bastante bueno, ¿verdad, Somers?

—Oh, estás bien... para ser aficionado —dijo su amigo, riendo.

—Apuesto una libra a que no me asustas —dijo el viajante corpulento.

—¡Hecho! —dijo Hirst—. Me comprometo a asustarte a ti primero y al anciano después. Estos caballeros serán los árbitros.

—A nosotros no nos asustará, señor —dijo otro—, porque estamos preparados; pero deje en paz al anciano. Es un juego peligroso.

—Bueno, primero lo intento con vosotros —dijo Hirst, poniéndose en pie de un salto—. Sin gas, ¿eh?

Subió a su habitación con paso ligero, dejando a los demás, la mayoría de los cuales habían bebido con bastante liberalidad, a disputar sobre sus intenciones. Acabó con dos de ellos yéndose a la cama.

—Está loco con la actuación —dijo Somers, encendiendo su pipa—. Cree que puede con cualquiera. Con nosotros no importa, pero no voy a dejar que vaya al anciano. Y a él no le importará, con tal de tener ocasión de actuar ante nosotros.

—Bueno, espero que se dé prisa —dijo Malcolm, bostezando—; ya son más de las doce.

Pasó casi media hora. Malcolm sacó el reloj del bolsillo y lo daba cuerda cuando George, el camarero, que había ido a un recado al bar, irrumpió de repente en la sala y corrió hacia ellos.

—Ya viene, caballeros —dijo sin aliento.

—Vaya, si estás asustado, George —dijo el viajante corpulento con una risotada.

—Es que me pilló desprevenido —dijo George avergonzado—; además, no esperaba verlo en el bar. Allí hay muy poca luz, y estaba sentado en el suelo detrás de la barra. Casi lo piso.

—Nunca llegarás a ser un hombre, George —dijo Malcolm.

—Bueno, me cogió de improviso —dijo el camarero—. No es que hubiera ido solo al bar de haberlo sabido, y no creo que usted tampoco, señor.

—¡Tonterías! —dijo Malcolm—. Iré a buscarlo yo mismo.

—No sabe usted cómo es, señor —dijo George, cogiéndolo del brazo—. No es cosa de verlo solo, no, de verdad. Tiene una... ¿Qué es eso?

Todos se sobresaltaron al oír un grito ahogado en la escalera y el sonido de alguien corriendo a toda prisa por el pasillo. Antes de que nadie pudiera hablar, la puerta se abrió de golpe y una figura que irrumpía en la sala se arrojó jadeando y temblorosa sobre ellos.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó Malcolm—. Pero si es el señor Hirst.

Lo sacudió con brusquedad y luego le acercó un poco de licor a los labios. Hirst lo bebió con avidez y, con una brusca inspiración, lo agarró del brazo.

—Enciende el gas, George —dijo Malcolm.

El camarero obedeció a toda prisa. Hirst, figura ridícula pero digna de lástima con sus calzones hasta la rodilla y su levita, la peluca grande completamente torcida y el rostro untado de maquillaje, se aferraba a él temblando.

—¿Y bien, qué ha pasado? —preguntó Malcolm.

—Lo he visto —dijo Hirst con un sollozo histérico—. Dios mío, no vuelvo a hacer el tonto en la vida, nunca más.

—¿Qué has visto? —dijeron los demás.

—A él... a eso... al fantasma... ¡a lo que sea! —exclamó Hirst con desconcierto.

—¡Pamplinas! —dijo Malcolm con incomodidad.

—Bajaba por las escaleras —dijo Hirst—. Dando saltitos, como pensaba que... debía hacerse. Sentí un golpecito...

Se interrumpió de repente y escudriñó nerviosamente por la puerta abierta hacia el pasillo.

—Creo que lo he vuelto a ver —susurró—. Mira... al pie de la escalera. ¿Veis algo?

—No, no hay nada —dijo Malcolm, con voz también algo trémula—. Sigue. Sentiste un golpecito en el hombro...

—Me volví y lo vi: una cabecita perversa y un rostro blanco y cadavérico. ¡Puah!

—Eso fue lo que yo vi en el bar —dijo George—. Horrible... ¡diabólico!

Hirst se estremeció y, sin soltar el nervioso asimiento de la manga de Malcolm, se dejó caer en una silla.

—Bueno, es un asunto de lo más inexplicable —dijo el desconcertado Malcolm, volviéndose hacia los demás—. Es la última vez que vengo a esta casa.

—Yo me marcho mañana —dijo George—. No volvería a bajar solo a ese bar, no, ni por cincuenta libras.

—Es hablar del asunto lo que lo ha causado, supongo —dijo uno de los hombres—; todos hemos estado pensando en ello y teniéndolo en la cabeza.

En la práctica, hemos formado un círculo espiritista sin saberlo.

—¡Maldito anciano! —exclamó Malcolm con fervor—. A fe mía, casi me da miedo acostarme. Es raro que los dos crean haber visto algo.

—Yo lo vi tan claramente como lo veo a usted, señor —dijo George con solemnidad—. Quizás si mantienen los ojos fijos en el pasillo lo vean ustedes mismos.

Siguieron la dirección que indicaba su dedo, pero no vieron nada, aunque uno de ellos creyó que una cabeza asomaba por la esquina de la pared.

—¿Quién viene al bar conmigo? —dijo Malcolm, mirando a su alrededor.

—Puede ir usted, si quiere —dijo uno de los otros con una risa débil—; nosotros le esperamos aquí.

El viajante corpulento se dirigió hacia la puerta y avanzó unos pasos por el pasillo. Luego se detuvo. Todo estaba en silencio, y caminó lentamente hasta el final, mirando con aprensión hacia el tabique de cristal que cerraba el bar. Tres veces hizo ademán de acercarse; luego dio media vuelta y, echando una ojeada por encima del hombro, regresó a toda prisa a la sala.

—¿Lo vio, señor? —susurró George.

—No sé —dijo Malcolm secamente—. Creí ver algo, pero podría ser la imaginación. Ahora mismo estoy en disposición de ver cualquier cosa. ¿Cómo se encuentra usted?

—Oh, me encuentro algo mejor —dijo Hirst con cierta brusquedad, al notar que todos los ojos se posaban en él—. Puede que os parezca que me asusto con facilidad, pero vosotros no lo habéis visto.

—En absoluto —dijo Malcolm, sonriendo levemente a su pesar.

—Me voy a la cama —dijo Hirst, al reparar en la sonrisa y molestarse por ella—. ¿Compartes habitación conmigo, Somers?

—Con mucho gusto —dijo su amigo—, siempre que no te importe dormir con el gas encendido a toda potencia toda la noche.

Se levantó, se despidió afablemente de los presentes y abandonó la sala junto a su amigo, abatido. Los demás los acompañaron hasta el pie de la es-

calera y, al oír cerrarse su puerta, volvieron a la sala común.

—Bueno, supongo que la apuesta queda anulada —dijo el viajante corpulento, atizando el fuego y luego plantándose en la alfombra de la chimenea con las piernas abiertas—; aunque, por lo que he visto, yo la gané. En mi vida he visto a un hombre tan asustado. Hay como una justicia poética en ello, ¿no os parece?

—Dejémonos de poesía y de justicia —dijo uno de sus oyentes—; ¿quién se acuesta conmigo?

—Yo —dijo Malcolm afablemente.

—Y supongo que usted y yo compartimos habitación, ¿señor Leek? —dijo el tercero, volviéndose hacia el cuarto.

—No, gracias —dijo el otro con viveza—. Yo no creo en los fantasmas. Si entra algo en mi habitación, le disparo.

—A un espíritu eso no le hará nada, Leek —dijo Malcolm con convicción.

—Bueno, el ruido me hará compañía —dijo Leek—, y además despertará a toda la casa. Pero si estás nervioso —añadió con una sonrisa al que había sugerido compartir habitación—, George estará encantado de dormir en el felpudo dentro de tu cuarto, ya lo creo.

—Eso haré con mucho gusto, señor —dijo George con fervor—; y si los caballeros quisieran acompañarme abajo al bar a apagar el gas, se lo agradecería eternamente.

Salieron en grupo, a excepción de Leek, mirando con cuidado a su alrededor según avanzaban. George apagó la luz del bar y regresaron sin sobresaltos a la sala común, y, esquivando la sonrisa sardónica de Leek, se dispusieron a separarse por la noche.

—Dame la vela mientras apagas el gas, George —dijo el viajante.

El camarero se la entregó y apagó el gas, y en ese mismo instante todos oyeron con claridad un paso en el pasillo exterior. Se detuvo ante la puerta, y mientras aguardaban con la respiración contenida, la puerta crujió y se abrió despacio. Malcolm retrocedió con la boca abierta cuando un rostro

blanco y burlón, con cuencas hundidas y cabeza rapada y redonda, apareció en el umbral.

Durante unos segundos, la criatura permaneció mirándolos, parpadeando de una manera extraña ante la vela. Luego, con un movimiento escurridizo, entró un poco en la sala y se quedó allí como desorientada.

Ningún hombre habló ni se movió, pero todos contemplaron con horrible fascinación cómo la criatura se quitaba su sucio pañuelo del cuello y su cabeza se inclinaba sobre el hombro. Por un momento se detuvo, y luego, sosteniendo el trapo ante sí, avanzó hacia Malcolm.

La vela se apagó de golpe con un fogonazo y un estampido. Hubo un olor a pólvora y algo que se retorció en la oscuridad en el suelo. Un débil y ahogado acceso de tos, y luego silencio. Malcolm fue el primero en hablar.

—Fósforos —dijo con una voz extraña.

George encendió uno. Luego se lanzó hacia el gas y un mechero prendió con la llama. Malcolm tocó con el pie la cosa en el suelo y la notó blanda. Miró a sus compañeros. Le hacían preguntas con la boca, pero él negó con la cabeza. Encendió la vela y, arrodillándose, examinó la cosa silenciosa en el suelo. Luego se levantó de prisa y, mojando el pañuelo en la jarra de agua, volvió a agacharse y limpió con severidad el rostro blanco. Entonces se incorporó de un salto con un grito de horrorizada incredulidad, señalándolo. La pistola de Leek cayó al suelo y él se tapó la vista con las manos, pero los demás, apiñándose, contemplaron sobrecogidos el rostro muerto de Hirst.

Antes de que nadie dijera una palabra, la puerta se abrió y Somers entró precipitadamente en la sala. Sus ojos cayeron sobre el suelo.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Vosotros no...?

Nadie habló.

—Ya le dije que no lo hiciera —dijo con voz entrecortada—. Ya le dije que no lo hiciera. Ya le dije...

Se apoyó contra la pared, pálido como la muerte, extendió los brazos con debilidad y cayó desmayado en los brazos del viajante.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**